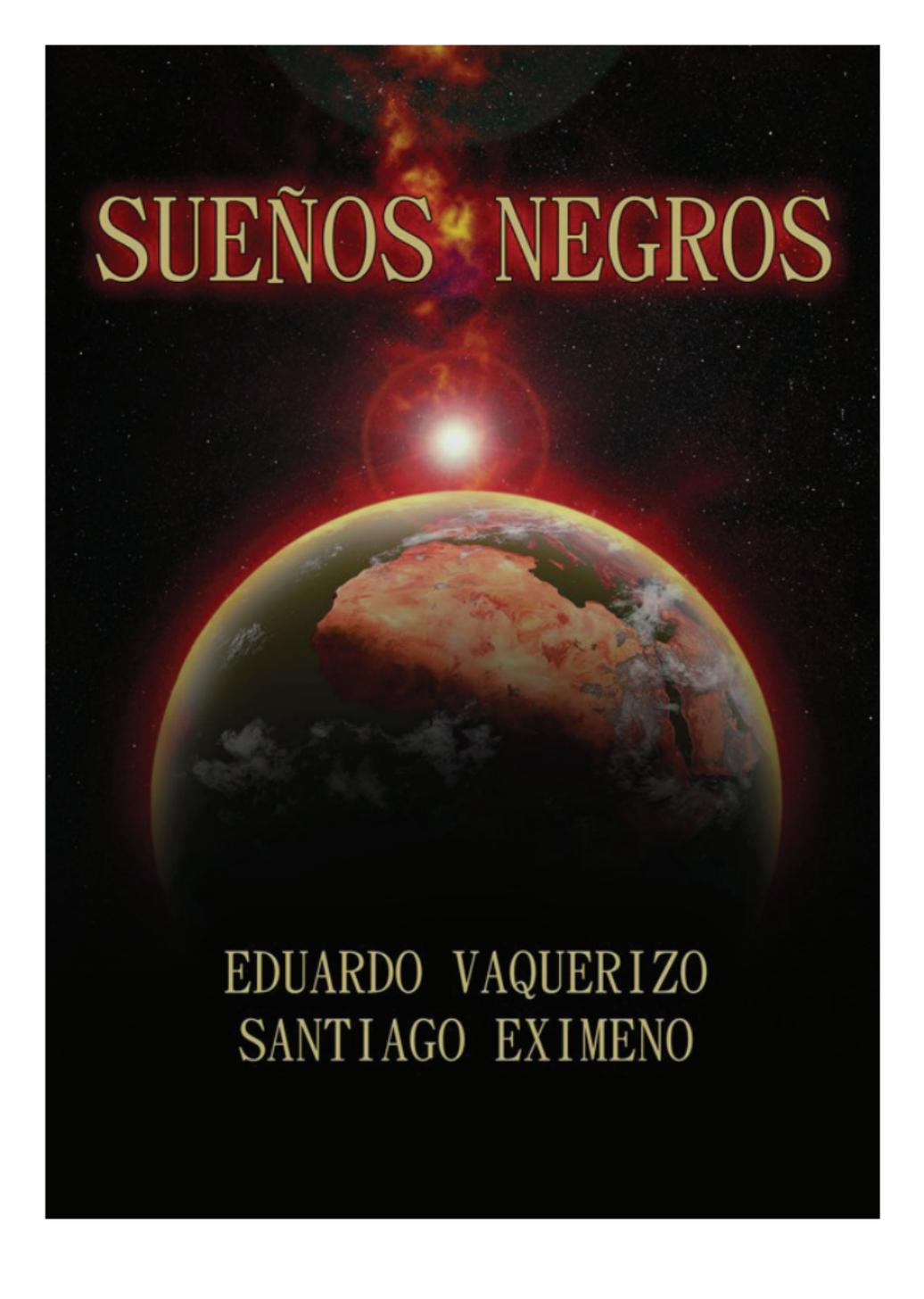


SUEÑOS NEGROS

The book cover features a dramatic, apocalyptic scene of Earth from space. The planet is shown in a dark, reddish-orange hue, suggesting a state of fire or intense heat. A bright, glowing sun or star is positioned directly behind the horizon of the Earth, creating a lens flare effect and casting a strong red glow across the scene. The background is a deep black space filled with numerous small, distant stars. The overall mood is one of darkness and impending doom.

EDUARDO VAQUERIZO
SANTIAGO EXIMENO



Presenta

Colección



A sangre

Sueños negros



Eduardo Vaquerizo

Santiago Eximeno

Créditos:

Sueños negros

Primera Edición: junio 2013

Código: 978-540003863505-0020

Autores: Santiago Eximeno y Eduardo Vaquerizo

Ilustración de portada: Miguel Puente Molins

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente Molins

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A

CP 50006 Zaragoza

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Agradecimientos

Esta obra nunca hubiera sido concebida sin *Suicide Commando*, que conocen el futuro y el futuro es el suicidio.

Tampoco hubiera sido posible sin el Cruciforme, que ameniza, con su orquesta de carne y sangre, los últimos días de nuestra civilización.

Vejez



Vaquerizo

Peor que la muerte

Eximeno

Toby

Peor que la muerte

Se lo llevaron esta mañana. Daba un poco de pena las últimas semanas, sentado en su silla frente a la ventana, apenas sin poder moverse, dejando que los rayos del sol de la mañana le calentasen la piel, esa piel arrugada, tan vieja. Sin embargo su cabeza estaba bien; no podía casi hablar, pero eso era por el pecho: el pulmón que le quedaba casi corroído del todo no le daba aliento suficiente. Mentalmente estaba sano, muy sano. Mi padre siempre había tenido la cabeza llena de números, de ideas de esas raras, aquellas que florecían en los viejos tiempos. Sabía incluso leer, fíjate en esos viejos tomos amarillentos, colección Nova, antiquísimos. Solo pensar en desgastar la vista en ellos me cansa. Aunque ahora estaba muy separado de los tiempos que corren era divertido. Viendo la tele empezaba a despotricar contra la programación actual, se ponía muy rojo y seguía quejándose de toda la sociedad. No sé qué tiene de malo, a mí me gustan las ejecuciones, son divertidas y educativas, y a la niña también le gustan, se ríe mirándolas.

Por una parte da pena. A pesar de que estaba ya muy mal, era lo único que me quedaba de mi juventud, me recordaba aquellos años locos y felices, me gustaba sentarme frente a él y recordarlo mucho más joven, los dos paseando por el Retiro un domingo, viendo los títeres, el sol, las barcas, mucha gente riendo. Por otra parte tenía que hacerlo, es lo normal. De él dijeron que tenía un coeficiente 1,4, muy alto, no se puede desperdiciar un coeficiente 1,4. Yo apenas llego al uno. La niña, jugaban juntos... hoy me ha preguntado por él. ¿Dónde está el abuelo? Pobre, tendrá que aprender que yo soy lo único que le queda.

Nos hemos quedado sin su pensión, y volver a trabajar, no... no lo logro, lo he intentando todo menos venderme... tampoco es que me fueran a dar mucho. Ahora las cosas cambiarán: tendremos dinero hasta para un médico y un colegio para la niña.

Es triste, no debería estar contenta, al fin y al cabo a él le hubiera gustado ayudarnos, me lo decía, que si no fuera por la parálisis, por el asma, se levantaría y le ajustaría no sé qué cuentas a no sé cuantos opresores. No se daba cuenta el pobre de los beneficios de esta sociedad, la competitividad que

nos hace mejores. Recuerdo cómo se cabreó el día que Juan se marchó. Luego me arrepentí, por el dinero, claro, pero entonces me sentí orgullosa de él. Hacia poco que había llegado a casa a vivir con nosotros. Juan se había mantenido al margen, refunfuñando. Yo sabía que aquello no duraría, que Juan no tardaría en cabrearse por haber traído a mi padre a casa, a pesar de que su pensión era mayor que su sueldo de economista, o quizá por eso mismo. Siempre se metía con él. Cuando no le oía, claro. ¡Viejo de mierda! Era lo más suave. El viernes vino tarde, bebido; él y los de la oficina habían estado de cañas. Sabía lo que iba a pasar, lo sabía y sin embargo le dejé entrar, no sé por qué, quizá porque no me sentía tan desamparada con mi padre en casa. Entró y la emprendió a golpes con todo, incluso conmigo misma. No era la primera vez, solo que la rabia era mayor, los golpes más sañudos. No sabía ni dónde estaba, tendida en un charco de mi propia sangre bajo la mesa de la cocina; sin embargo, lo vi perfectamente. Erguido, todavía fuerte pese a su vejez, plantándole cara a Juan, a la mala bestia de Juan. Bastó una mirada para acojonarlo. Yo sentía la furia de mi padre, una furia que no era solo contra Juan, de alguna manera él era un símbolo de toda la

amargura de su vida actual. Fue rápido, lo golpeó justo en la cabeza, partiendo el plástico del taburete. Cómo disfrute ese momento... a pesar de que sabía que Juan se marcharía llevándose su sueldo, el futuro de la niña. Un momento de felicidad por años de terribles sacrificios. Con la pensión y el sueldo malvivíamos; solo con la pensión fue duro, muy duro.

A veces lo pienso... ¿Sentirán? Dicen que no, pero dicen tantas mentiras, como que aquellas sustancias con las que trabajó mi padre eran inocuas. Tantos años después le comieron por dentro destruyendo sus nervios, sus pulmones, pero no su cabeza, su mirada altiva y clara como si desafiase a la misma muerte desde la silla de ruedas mientras le limpiaba y le daba de comer.

Creo que él lo sabía, lo sospechaba, y por supuesto se oponía. Si hubiera tenido fuerzas para matarse quizá lo hubiera hecho cuando la niña y yo estuviéramos fuera, para que al encontrarle estuviese ya frío. Era lo único que temía.

Con su sueldo ahora viviremos mejor, casi tendremos suficiente para una casa mejor; debería estar feliz, pero no lo estoy. Debería sentirme a gusto, una muerte eficaz para la sociedad, como dice el

anuncio de la tele. Solo que la gente de la tele siempre es feliz y las personas reales, rara vez.

Por lo menos fueron rápidos, vinieron en cuanto les llamé, apenas dos minutos y estaban aquí con aquel tanque helado que desprendía vaho blanco. Me hicieron firmar y después se pusieron a trabajar. No quise mirar, abracé a la niña y fuimos a la otra habitación. No paraba de decirme "él quería lo mejor para nosotras", "él quería lo mejor para nosotras", "él quería lo mejor para nosotras", "él quería lo mejor para nosotras". Al final se lo llevaron, escuché cómo bajaban el ataúd helado por las escaleras, y un señor trajeado, muy amable, nos pidió los datos de la cuenta, y acordamos la cantidad, el sueldo mensual por su trabajo. No sé si hice bien en contratar con esa compañía. Hay varias, no entiendo mucho, quizá en otra me hubieran pagado más, Juan hubiera sabido sacar mejor partido, pero mejor que esté lejos, mejor que no haya vuelto en estos diez años.

Le pregunté tímidamente en qué consistía aquel trabajo, qué iban a hacer con él. El señor trajeado me explicó que era algo completamente legal: el trabajo postmortem. Se toma el cerebro todavía sin daños de un recién fallecido, se le alimenta por métodos artificiales, se le mantiene vivo y se reprograma hasta

que se convierte en un potente ordenador biológico. Luego su uso concreto es difícil de determinar. Su padre, dado su alto coeficiente de computación, trabajará en proyectos grandes, junto a enormes baterías de cerebros en paralelo que investigan o diseñan.

También me dijo con una sonrisa deslumbrante que no sufrían, que en realidad su personalidad se perdía con la muerte y la reprogramación, y que continuar llamándole persona y pagándole un sueldo era consecuencia de leyes anticuadas, pero que se mantenían porque de alguna manera ayudaban a otras personas, como nosotras.

Le creí.

Al principio sin dudas, luego tuve pesadillas, recordé las mentiras que personas trajeadas nos habían contado en múltiples ocasiones y empecé a dudar, a imaginar que mi padre despertaba en una oscuridad total, un silencio de piedra, la ausencia de todo estímulo. Ideas extrañas le taladraban la consciencia, obligándolo a pensar por caminos cambiantes, sin sueño, sin descanso, en una eternidad muy parecida a un infierno. Creo que la fuente de todos mis desvelos es el recuerdo de esos últimos momentos, cuando ya la muerte se le echaba encima

con un peso intolerable y me miraba con pánico, la única vez que vi pánico en sus ojos orgullosos, pánico no de la muerte, sino de lo que habría tras ella.

Toby

—Vamos, Toby —dije mientras entraba en la casa—. Es la hora del paseo.

En el interior me esperaba Raúl, el niño de los Expósito. Sonreía y llevaba entre las manos un pequeño paquete, envuelto con papel verde brillante.

—Es para usted —dijo, y me lo entregó.

—¿Para mí? —dije—. Menuda sorpresa.

Los padres seguían la escena en silencio desde el salón. Todos sonreíamos. En el interior del paquete encontré un collar de plata que de inmediato colgué alrededor mi cuello.

—Es precioso —dije—, pero no hacía falta.

—Claro que sí —dijo la madre de Raúl, y me besó en la mejilla—. Es muy bonito lo que hace usted por Toby.

Creo que me sonrojé. No soy muy dada a las celebraciones, y las muestras de afecto no solicitadas siempre me incomodan.

Acompañé a la familia hasta el cuarto en el que esperaba Toby, su cuarto. Estaba tumbado en el suelo, tranquilo. Las primeras semanas se había mostrado reacio a aceptar mi presencia, pero con el

paso de los días había acabado por comprender que, para él, yo era un mal necesario. Nadie iba a sacarle de paseo si yo no lo hacía.

–Vamos, Toby –dije, y él se despertó y me miró con sus ojos tristes.

Esperé, como en ocasiones precedentes, que se abalanzara sobre mí, que me gruñera. No lo hizo. Se limitó a incorporarse sin dejar de mirarme. El padre de Raúl me entregó el collar y yo lo coloqué con cuidado alrededor del cuello de Toby.

–Está muy tranquilo –dije mientras le acariciaba la cabeza–. ¿Al final...?

–Sí –me interrumpió la madre, mirando a Raúl–. Al final nos decidimos por la medicación. Si queremos que viva con nosotros necesitamos que esté tranquilo. Realmente lo necesitamos. No puede estar todo el rato gruñendo y abalanzándose sobre la gente, tratando de escapar. Como si nosotros no nos preocupáramos por él.

–Ya –dije enganchando la correa en el collar e invitando a Toby a que me siguiera.

–Después de la operación en las cuerdas vocales para evitar que hiciera... esos horribles ruidos, creímos que sería lo mejor. Al fin y al cabo, ya está castrado –dijo el padre.

—Nos habíamos planteado incluso la opción de sacrificarlo —dijo la madre, y Raúl negó con la cabeza.

—Eso sí que no.

—Ya —dije y sonreí y me dirigí hacia la puerta, seguida por Toby.

Nos despedimos y salimos al descansillo. Cuando Raúl cerró la puerta conduje a Toby hacia las escaleras y comenzamos el descenso. Estábamos en un segundo piso, solo teníamos por delante cuatro tramos de escaleras. A ambos nos resultaba más cómodo que utilizar el ascensor, donde nos rodeaban los espejos por todas partes. Cuando Toby se veía en un espejo abría la boca, sacaba la lengua, aullaba. Creo que era incapaz de soportar la visión de sí mismo. Perdía los nervios.

Bajamos las escaleras y, tras abrir la puerta que daba a la calle, dejamos que la luz de las farolas de la entrada nos envolviera. Ya era noche cerrada, la hora del paseo. Antes podíamos pasear por las mañanas, a plena luz del día, pero poco a poco la gente se ha vuelto más intransigente, más desconsiderada, incapaz de aceptar que Toby y otros como él se mezclen con ellos. Un amigo me contó que en el pasado, no hacía mucho tiempo, la gente paseaba

con sus animales y se reunía en los parques y todo parecía estar bien. Modas, supongo. Cada época tiene las suyas.

Toby me miró cuando nos detuvimos en un semáforo. La medicación lo había convertido en un ser sumiso, tranquilo. Agradable para todos nosotros. A nuestro lado, una mujer de mediana edad nos miraba con los ojos muy abiertos. Tenía miedo, claro. Yo era demasiado joven para compartir ese miedo. Su temor era para mí muy lejano, muy difuso. Nuestra generación entiende perfectamente esta situación. Raúl nunca se sentiría asustado, ni siquiera incómodo, viéndome pasear a Toby.

La mujer retrocedió y se alejó, no sin antes santiguarse. Antiguas costumbres, antiguas modas. Nosotros cruzamos la calle y nos detuvimos en una de las zonas señaladas con tinta amarilla, junto a un árbol.

—Vamos, Toby —dije, y él, obediente, hizo sus necesidades.

Cuando llevas cierto tiempo de paseante —un trabajo mal visto, pero muy bien pagado— adquieres un vínculo muy especial con ellos. Una sola frase, una sola mirada, y actúan como deben. Imagino que antes debía de ser más complicado, cuando psicólo-

gos mal preparados y falsos defensores de la fe te decían cosas como que había que razonar con ellos o darles cariño. Cosas así. Ahora lo que impera, lo que está de moda, es el respeto. Si consigues que te respeten todo va bien y con el tiempo puede desarrollarse entre ambos un sentimiento parecido al aprecio.

Una vez Toby hubo terminado volvimos a su casa. Por el camino nos detuvimos delante de una tienda de electrodomésticos. Medio centenar de pantallas digitales mostraban medio centenar de imágenes distintas. Informativos, partidos de fútbol, dibujos animados, cocina. Un caos visual que —yo lo sabía— Toby adoraba. En su casa no podía ver la televisión, claro. No tendría ningún sentido dejarle entrar en el salón ni en ninguna otra habitación que no fuera la suya, adaptada para sus necesidades. A veces acudías a casas donde los dejaban vagar por los pasillos, por las habitaciones, sin preocuparse por ellos. Luego se quejaban cuando se orinaban en una esquina, o se quedaban dormidos en cualquier parte. Si no actuabas con firmeza al final te dominaban.

Dejé que Toby disfrutara de las imágenes unos minutos y después reanudamos nuestro camino. Llamé al telefonillo para que me abrieran la puerta.

Entramos y, en vez de subir por las escaleras, decidí llamar al ascensor. Quería ver si esa nueva medicación que le habían recetado a Toby le permitía soportar la visión de sí mismo.

—Entra, Toby —dije cuando las puertas del ascensor se abrieron.

Entramos y pulsé el botón de la segunda planta. Las puertas se cerraron y quedamos rodeados por infinitas versiones de nosotros mismos reflejadas en las cuatro paredes de espejo del ascensor. Toby no reaccionó. Atrás había quedado su violencia, su rabia. Todos podíamos estar contentos.

En la puerta me esperaba Raúl. Le di la correa y él se la entregó a su padre, que se llevó a Toby dentro. Raúl permaneció allí, mirándome.

—¿Pasa algo? —le dije.

Él sonrió.

—No.

—Pero quieres preguntarme algo, ¿no?

—Sí —dijo.

—Adelante.

—¿Usted quiere a Toby?

Una buena pregunta. Al final siempre encuentras a alguien en la familia que, más allá de gestos hipócritas y falsas sonrisas, de verdad siente aprecio

por ellos. Sé que si por la sociedad fuera, si por mí fuera, todos estarían muertos, pero todavía queda gente como Raúl, capaz de sentir algo cercano al cariño. Es loable. Extraño también, y quizá inadecuado si piensas en tu futuro.

—No, Raúl, no quiero a Toby. Siento cierto aprecio por él, nada más —dije.

La sonrisa desapareció de su rostro. Imagino que debía de haber tenido esta conversación anteriormente con sus padres y la respuesta, si no similar, debía de haber sido tan insatisfactoria como la mía.

—Yo sí le quiero —dijo, y antes de que yo pudiera decir una palabra, añadió—. ¿Es algo malo?

—Claro que no —respondí al tiempo que le acariciaba la cabeza—. Claro que no. Claro que no es malo.

—Vale.

Me di la vuelta para marcharme, pero Raúl me cogió la mano.

—¿Sabe por qué le llamamos Toby? —dijo, y yo negué con la cabeza—. Es el diminutivo de Tobías.

—Bonito nombre —dije.

—Sí. A mi abuela le gustaba mucho. Siempre lo decía. Mi Tobías. Mi padre iba a llamarse así, pero al final lo cambiaron por Santiago. El diminutivo es más soso, Santi.

—No está mal tampoco —dije yo—. En fin, tengo que marcharme, Raúl. Volveré la próxima semana. Y recuerda, no es malo que quieras a Toby.

—¿Seguro?

—Seguro —repetí mientras cerraba la puerta—. Seguro. No puede ser malo querer a tu abuelo.